# Las murallas de Nínive

Gloria Fernández Sánchez

# Las murallas de Nínive

Gloria Fernández Sánchez

avant
editorial

Primera edición, marzo de 2024
© Gloria Fernández Sánchez, 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19970-79-4
IBIC: DCF
DEPÓSITO LEGAL: M-5011-2024

# I. SÚPLICA DE TOBIT A TOBÍAS, EN LAS MURALLAS DE NÍNIVE

Ah, vástago querido, haz lo que gustes, pero medita y vuelve,
ya sé que esperando está Rafael en el portón, Tobías,
es extraño ese joven, su silencio deja a Tobit confuso,
Hijo mío y lumen, piedad, devuelve el hígado, mi corazón,
ya sé que soy tu padre y te lo debo todo, hasta la última
ascua de flujo en mis órganos seniles, mas torna con ellos,
dámelos, y olvida la ceguera absurda del pez agonizante.

# II. CAMBIO DE HUMOR EN NÍNIVE

Fui víctima de ese hastío veraniego, tirano como una enfermedad.
Fermentaba, en mi interior, un leve filtro de desdicha. Un pajarillo cantó, minúsculo gong de bronce.
Vi un reloj de sol gris, con su rótulo en piedra: ***Umbras sumus***. ***Somos sombras***. Un lema moralizante, sobre la brevedad del ser que pasa. La tierra que pudre, liquen cierto.
Una tormenta y su ozono. Me incliné en el sofá, la ronda taciturna, con los efectos de un tranquilizante. Al despertar, el mundo
[titilaba.
Y esa cortedad de la vida la hacía irresistible.
El rocío refrescaba la eternidad del árbol. Del paraíso, espejo. Del
[cosmos
yesería, girando en sus quehaceres. La nieve solar, cabujón dulce.
Mi joven carne, de amor estremecida.

# III UN ANCIANO MIRA A LOS JÓVENES JUNTO A LAS MURALLAS

Dios me guarde de la sabiduría añeja,
de pontificar a los jóvenes, que braman,
de ellos es el orbe, yo soy solo un huésped
incómodo y vacío. Me arrellano, invisible.
Dios me libre de la sabiduría antigua,
de aconsejar con voz ronca, cruel, tonante.
Mas si pudiese unirme al gran, febril, festejo,
aceptadme. Lo pido cual bufón, cual borracho.

# IV. TRAS LA BATALLA CON LOS MEDOS, 612 ANTES DE CRISTO

He visto cosas inimaginables,
no en perdida galaxia, ni en meteoros,
un perfil de mujer, aún erguida,
sobre los escombros de una ciudad,
pisando la fiel tumba de sus hijos,
con firmeza espartana, con desdén,

y he visto la dignidad de un pobre,
que me invitó a las ruinas de su casa,
con maneras grandiosas, reverentes,
como un príncipe abre su palacio.

# V. SE CUMPLEN LAS LEYES SAGRADAS

Sí, nací en Sicilia, fértil surco de dioses, pero al ser esclavizada,
viví en Corinto, la gran belleza me empujó al taller, los artífices
gustaron de mi pulpa y su reflejo marmóreo, Mirón me ofreció
todas sus riquezas por una noche, aunque me plugo la negativa,
Diógenes y Arístipo soñaron en mi lecho por un óbolo,
me divertían sus discursos sin norte, sus patrañas y dudas,
envejecí hasta la degradación, y entonces Afrodita, envidiosa
hizo que amara por vez primera, yo, que tanto lo había sido,
a un muchacho tan joven como el amanecer del mundo,
lo seguí hasta Tesalia y, en un templo lo abracé, grave,
frente a un altar, fui lapidada hasta la muerte por los actos
que acostumbra el varón sin tropiezo, mas no hay reproche,
no cambiaría sus ojos de sorpresa, sus breves rizos, su desdén,
su pupila ensangrentada, el milagro de su grito hondo,
su mano, al cubrir mis desabridas médulas con la púrpura,
por los mil astros que titila el orbe en su formal suspenso,
por los mármoles y frisos que teje la dichosa patria helena.

# VI. DESTRUCCIÓN DE JERUSALÉN

Tito, hijo de Vespasiano, observa los muros
de la Ciudad Santa, que se alza, y rebela
ante el dominio atroz del águila latina.

Es la fiesta de los Panes Ázimos
un millón de hebreos visita la urbe.

Captura a un insurrecto, y lo crucifica
frente a los judíos cercados.
Su ejército penetra, y el César
instala su tienda en Jerusalén.
***La ley del mundo es ceder***
***ante el poderoso***, sentencia agriamente
un Flavio Josefo. Dividido
entre el amor a su Dios y estirpe,
y a Roma, del orbe justo centro.

Los sitiados tragan sus monedas,
para vivir tras el infortunio.
Tumefactos, e hidrópicos
por la horrenda inanición.
Temerosos de haber extraviado,
la protección divina del Que No Se Nombra,
marchan con bocas abiertas
para indicar que no comen
y evitar ser asaltados por los otros.

Una mujer decide la partida.
María, del linaje de Eleazar,
ahíta de amenazas y de hambre,
quema al hijo que mama de su pecho
y lo devora. El pavor inunda
a quienes escuchan lo imposible:
En verdad, el Señor ha abandonado.
En verdad, sus pecados lo merecen.

Tito sube a la Ciudadela,
y desde allí ve arder el Templo,
con sus riquezas infinitas:
las inmateriales (y el oro de una raza).